

Frasquito, sorprendido y acongojado al ver á su reina des-  
tronada, pierde el equilibrio y se agarra al telón, poniendo  
en riesgo el que guardan sus compañeros: mudos ademanes  
y miradas furibundas de éstos, le llaman al orden... En la  
concha, Diógenes hace una mueca, que quiere decir:—¡Es-  
táis frescos!—y prosigue riéndose sola... La Marquesa de  
Butrón, continúa leyendo:

—Vicepresidenta: Excm. Sra. Condesa de Albornoz.

Silencio profundo... Doscientos ojos escrutadores se fijan  
en la elegida, é Isabel Mazacán la envía desde lejos un iró-  
nico salutito de enhorabuena... Currita se muerde los la-  
bios y aparecen istrias sanguinolentas en torno de sus pupi-  
las: un pedacito de encaje del pañuelo resbala por la seda de  
su falda, y cae sobre la alfombra... Tras el telón, Butrón se  
azora de nuevo, Pulido murmura:—¡lo dije!--y el tío Fras-  
quito desiste de velarse el rostro con las manos por miedo  
de perder de nuevo el equilibrio... Diógenes ha desaparecido  
de la concha... La Marquesa de Butrón prosigue:

---Vocales: Excm. Sra. Duquesa de Astorga.

Excm. Sra. Condesa de Villarcayo....

Movimiento de horror en las huestes de Zumalacárregui...  
Gesto de protesta del coudillo... La agraciada sonríe con u-  
na cara de babieca que revela la razón por que figura en la  
lista... La Marquesa de Butrón continúa:

---Excma. Sra. Marquesa de Minahonda.

Excma. Sra. D. <sup>ca</sup> Servanda Molinillos de Martínez.

Modestísimo rubor en el rostro de la agraciada, que ex-  
tiende las manos y mueve la cabeza, diciendo que no... La  
Duquesa de Bara la anima cariñosamente... La García Gó-  
mez detiene su indignación, hasta ver si está ella incluida  
en la lista... Tras el telón Butrón mira á Pulido, y Pulido  
mira á Butrón, y ambos se rien... El tío Frasquito, envuelto  
en su dignidad, permanece en cuclillas... Diógenes aparece  
sobre el tablado, y busca algo junto á la pared, dentro de los  
bastidores del lado izquierdo... La Marquesa de Butrón pro-  
sigue:

---Excma. Sra. Condesa de Macharnudo.

Excma. Sra. Duquesa de Bara....

Recóndito asombro de ésta, al verse incluida en el grupo

en que por exigencias de Butrón, habían de figurar tan sólo  
mujeres honradas. La Marquesa hace una pausa, examina  
un momento al auditorio, y prosigue leyendo:

---Secretaria: Excm. Sra. D. <sup>ca</sup> Paulina Gómez de Re-  
bollar de González de Hermosilla....

Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor que esperaba la  
plaza, y enérgico... ¡indecente!-- que revolotea anónimo en  
el aire, sin saber donde posarse... Carmen Tagle se desterni-  
lla de risa... La agraciada guarda majestuoso silencio, com-  
pónese las gafas de oro, y proyecta repasar en la retórica de  
Marco Tulio, la parte preceptiva de los documentos oficiales.  
La Duquesa de Astorga la felicita sin pizca alguna de mal-  
licia... Tras el telón Butrón espera, Pulido teme, el tío Fras-  
quito medita... Diógenes ha encontrado junto á la pared un  
cordelito que parece bajar del techo, y lo examina detenida-  
mente... La Marquesa de Butrón concluye:

---Tesorera: Excm. Sra. D. <sup>ca</sup> Ramona Gómez de Ló-  
pez Moreno..

Amago de apoplejía en la interesada... La Duquesa con-  
suegra la saluda desde lejos... Grandes cuchicheos que cre-  
cen, crecen cual ráfaga de viento huracanado que comienza  
por silbar y acaba por rugir... De repente, crujido misterio-  
so... Silencio profundo... Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telón sube rapidísimo,  
y aparecen los tres Píramos en cuclillas, Butrón, Pulido y  
el tío Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar  
de Tisbes... Cuadro final.

BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA

VII

Srita. Felicitas Lozoya  
PROFESORA DE CANTO

La asociación de señoras hizo fiasco y sólo dos meses más  
tarde pudo Butrón á costa de trabajo organizar otra nueva,  
en forma muy distinta, que no dejó de hacer, sobre todo en  
provincias, un agosto abundantísimo. La Marquesa de Vi-  
llasis habíase negado rotundamente á aceptar la Presiden-

cia; Currita rechazó la humillante oferta de un cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas, muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicales muy ofendidas se fueron por otro, dejando vacante el canto épico á la caridad que perpetraba en silencio la Excm. Sra. D.<sup>ca</sup> Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermsilla, y vació el gran bolsón Pompadour de terciopelo rojo que la señora de López Moreno pensaba encargar á la modista, para recoger las colectas. El Sr. Pulido desplegó las tres falanges de su dedo índice para decir, agitándolo de arriba abajo:—!Lo dije, lo dije!-- y el sesudo diplomático, con la energía de la constancia que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin, tomó por otro camino para llegar á su objeto, consolándose con que Napoleón cometió también faltas en la guerra de Rusia, Cyro en la de los Scytas, César en Africa y Alejandro en la India.

Hubo al otro día en casa de la Albornoz congreso de ofendidos, y la altiva dama adoptó por suya la respuesta de Marat á Camilo Desmoulins y Freron, cuando le proponían éstos refundir el periódico de ellos, *La tribuna de los patriotas*, en el suyo, *El amigo del pueblo*.--"El águila va siempre sola: los pavos forman manada." Ella era el águila, y las demás señoras los pavos; Butrón era el pavelo.

La suerte de aquellos infelices heridos del Norte condolia sin embargo á la sensible Condesa, y resolvió hacer ella sola y por su cuenta propia, cuánto estuviese en su mano para aliviarla, entendiéndose directamente con el general en jefe del ejército y con el bizarro general Pastor, hermano de Leopoldina. Convocó á sus *micos*, reunió á sus íntimos, y trazóse un plan encantador de fiestas, bailes y regocijos, á beneficio todo de los heridos, entre los que había de llevarse la palma una famosa *Kermesse* ideada por Currita, á imitación de la organizada en París por *El Figaro*, en el teatro de la Opera, á beneficio de los inundados de Szege-din. Las actrices más famosas y las damas más conspicuas, niveladas por el mismo sentimiento compasivo, habían hecho en ella prodigios de caridad, sacrificando en aras de los pobres, los quilates más ó menos subidos de sus respectivas

vergüenzas. En dos horas escasas, había recaudado Mme. Judic más de cinco mil francos, vendiendo *Marons glacés*: ¿Qué no recaudaría Currita vendiendo por media hora, aunque sólo fueran altramuces ó garbanzos tostados?

Faltaba sin embargo al proyecto el visto bueno de Jacobo, requisito sin el cual no osaba la dama dar un paso en nada en que hubiese que aventurar dinero, y justamente Jacobo no pareció por allí en toda la noche, ni vino tampoco á almorzar al día siguiente, segun su costumbre ordinaria. Alarmada Currita, envió un recado á casa del amigo ausente, para informarse de la causa de su extraño eclipse: la respuesta del lacayo fué terminante:

—El Sr. Marqués de Sabadell, había salido de Madrid la noche antes.

Currita se quedó helada...¿Marcharse Jacobo sin decirle una palabra, sin enviarle un recado, sin ponerle siquiera cuatro letras?... ¡Qué puñalada para su corazón, y sobre todo, qué bofetón para su amor propio! Porque, ¿qué dirían las gentes cuando llegaran á traslucir el desprecio y el desvío que aquello representaba?...

Pasaba esta escena en el comedor, donde los dos esposos almorzaban en compañía de María Valdivieso, Celestino Reguera y Gorito Sardona, cuya flamante corbata azul indicaba ser aquel día el mico de guardia. Miraron todos á Currita con grande extrañeza y aire de pregunta, al saber la marcha de Jacobo, y Villamelón, suspendiendo por un momento la actividad febril con que manejaba el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, dijo con voz lastimosa —¡Jacobo anda mal; y me da pena!... Y como si el dolor que le inspiraban los males de su amigo, sirviera para facilitar sus funciones digestivas, embaulóse de un golpe una *côtelette* entera, que se le deshizo en la boca, de puro blanda, cual si fuese un merengue.

—Pues hijo,—replicó María Valdivieso; no sé que padezca del pecho... Está gordo y robusto: Paco Velez me lo decía ayer. Va echando papada de comerciante de ultramarinos.

—Si no es eso, María, ¿sabes?—dijo Villamelón con la boca llena. Digo que anda mal, porque anda en malos pasos. ¿Me entiendes?

Callaron todos metiendo las narices en el plato, y los rabillos de cada ojo fueron á fijarse en Currita, que desganada sin duda, mondaba con suma pulcritud y esmero un hermoso albaricoque. Villamelón que luchaba siempre en la mesa entre sus ganas de hablar y sus ganas de comer, prosiguió con alguna impaciencia:

—La francesita esa... esa... —¿Cómo se llama?... ¡Señor, por días pierdo la memoria!... Tú, Gorito, ¿sabes?... Cómo se llama, hombre?... La de las camelias...

Gorito abría mucho los ojos y estiraba la boca, sin acordarse de nada, nada... Su memoria se había quedado de repente limpia, rasa, cual una hoja de papel blanco. María Valdivieso hizo á Currita un rápido guiño, como dándole á entender que ella podía informarle de grandes cosas, y Villamelón concluyó cada vez más impaciente.

—Pues nada, no me acuerdo... Pero en fin, esa... esa es la que lo está desplumando.

Hízose el silencio aún más embarazoso, y el geniecillo malféfico de la hilaridad comenzó á revolotear en torno de los comensales, como si á todos ocurriese que las plumas arrancadas á Jacobo, salían del pellejo de Villamelón. Currita mondando siempre su albaricoque, aprovechó un momento en que los criados se alejaban, para decir á media voz con su acento más suave

—Pero Fernandito,—vida mía, si tienes el don de la inoportunidad; si pareces un reloj descompuesto... ¿A quién se le ocurre hablar de esas cosas delante de los criados?... Sabe Dios lo que pensarán del pobre Jacobo...

Villamelón, con mucha dignidad, replicó al punto.

—Mira, Curra, en la mesa no discuto...—¿Sabes?... Pero tienes parcialidad por Jacobo, y vas á llevarte un chasco muy grande, muy grande... ¿Me entiendes Curra?... Ese viajeito repentino me da mala espina: apuesto á que no va solo.

Currita puso en el plato el albaricoque ya mondado, lavóse las puntitas de los dedos en el enjuagador de rico cristal de Venecia que tenía delante, y mirando las gotitas de agua que se desprendían de sus rosadas uñitas, dijo ingenuamente.

—¡Pues claro está!...—Llevará algun ayuda de cámara...

Sulturóse Villamelón y miró á su mujer, y luego á Gorito, y despues á Reguera, con cierta especie de colérica complacencia retratada en el semblante, arrebatado y apoplético por los vapores que le subían del repleto estómago... ¡Le exasperaba á veces, aquella sencillez de Curra, que jamás podía comprender la malicia de ciertas cosas!...

Terminóse al fin el almuerzo, y Currita salió del comedor del brazo de su prima, llevando en la mano un platito de porcelana con migas de pan, para dar de comer á los pececillos de colores que en una magnífica pecera de cristal y bronce dorado, adornaban una de las galerías.. La enamoraban á ella aquellos animalejos de colores tan brillantes, y las pesca era entre los placeres del *sport*, el que más emociones le causaba.

Regalaréte entónces  
Mil varios pececillos  
Que al verte, simplecillos  
De tí se harán prender.

María Valdivieso oía estupefacta aquellas expansiones idílicas, cuando esperaba ella que Currita se apresuraría á interrogarla con el mismo furor y los mismos transportes con que Otelo interrogaba á Yago. El chasco le pareció pesado, y exclamó muy despechada:

—¡Vaya unas emociones que tiene la pesca!...—No encuentro definición más exacta, que la que daba uno de la caña de pescar. «Un palo largo, que termina por un lado en un pez y por otro en un tonto.»

—Cuestión de gusto,—replicó tranquilamente Currita.

Y se puso á echar sus miguitas á los peces, hablándoles con el cariño y el mimo de una madre que acaricia á sus hijuelos.....

—Hola tragoncillos!—¿hay apetito?... Vamos, haya paz, que para todos hay... Mira, mira, María, cómo abren el hociquito!... ¡Qué delicia! ¡Qué monada!

—Pero esta mujer tiene sangre de chufas,—pensaba la Valdivieso muy enfadada. ¿Sí?... Pues aguarda, allá va... ¡Anda, fastídiate!...

Y se puso á contarle en apoyo de la tesis de Villamelón, horrores... horrores de Jacobo... Paco Velez se lo había di-

cho todo la noche ántes: ella—¡claro está!—por prudencia había callado tanto tiempo; pero ya era hora de hablar, y á fuer de buena amiga, debía desengañarla...

—¡Pícaro! ¡Tragón!—dijo en aquel momento Currita. ¡No le muerdas!... ¡Habrás visto?... ¡Para quién son esos sopirritones?

—Para tí.—¡Para mí esos sopirritines!...

E incorporándose un poco, dijo mirando siempre á la pecera:

---Hija, dispensa...— ¡Dónde decías que vive esa francesa?...

—¡No, si no lo decía!--gritó la otra pasando del despecho á la furia, pero te lo digo ahora para que abras los ojos. . . . Vive en la calle de Rebollo, núm. 68, en un Hotel. ¡Te enteras?... En un Hotel muy bonito; y se llama... ¿Cómo se llama?... Pues señor, no me acuerdo; ello era un nombre así como de píldora...

---Chismes, mujer, chismes de gente ociosa,---replicó Currita sobando tranquilamente sus migas.

Y con ansia febril repasaba en su interior los nombres de todas las píldoras conocidas, y hacía esfuerzos inauditos para grabar en su memoria la calle de Rebollo, y el núm. 68.

---¿Chismes?---esclamó fuera de sí la Valdivieso. ¿Y también es chisme lo del viaje... con el ayuda de cámara por supuesto?...

---¡Pues claro está que lo es!--esclamó Currita de repente echando con mucha cólera todas las migas en la pecera. ¡Chisme, chisme y de malísima intención. María... ¡Si lo sabré yo, caramba!... Sino que de todas las cosas, no se ha de dar un cuarto al pregonero... Tú eres mi amiga, y te lo digo en secreto. Jacobo ha ido á negocios del partido, y estará de vuelta muy pronto... ¡Ya ves cómo se escribe la historia!...

—¡Yal—exclamó María Valdivieso tragándose la bola; y Currita respiró al fin algo más desahogada, porque aquella mentira que se apresuraría la prima á propagar por todo Madrid, por habérsela dicho en secreto, dejaría á los ojos de las gentes, la herida de su amor propio disimulada.

A las tres pidió la Sra. Condesa la berlina, y dió al laca-

yo, como la cosa más natural del mundo, las señas de Jacobo. Vivía este en la calle de Alcalá, en un precioso cuarto de soltero, y constaba su servidumbre de un ayuda de cámara, un jockey, una ama de llaves y un cocinero: en las cuadras, situadas al final de la calle del Barquillo, tenía cuatro caballos ingleses, tres de tiro y uno de silla, una berlina, un *charc-á-bancs* y una victoria. La munificencia de los esposos Villamelón sufragaba todos estos gastos, que había de pagar el fiel amigo, cuando al verificarse la restauración pudiera sacar el jugo á la cartera, precio de sus misteriosos papelitos. . . .

Currita subió ligeramente al entresuelo, vivienda de Jacobo, y por tres veces tocó el timbre, sin que nadie contestara: abrióse al fin la puerta, y apareció el jockey sin librea, cuello ni corbata, brillantes los ojos, arrebatadas las mejillas, y oliendo á vino á dos metros de distancia: aturdido al verse frente á frente de la dama, dió un paso atrás, diciendo atropelladamente:

—El Sr. Marqués está fuera...

—Ya lo sé. . . .—Busco á Damián.

No fué necesario llamarlo: por el extremo del pasillo asomaba éste la cabeza, y veíanse detrás el ama de llaves y el cocinero todos rubicundos y sofocados, como si viniera á sorprenderles la visita al final de un opíparo banquete. Damián se adelantó muy sereno, cruzando con el turbado jockey un guiño picaresco, un gesto de pillo redomado, que vió muy bien la condesa, sintiendo á pesar de su desvergüenza, que se le sublevaba allá por dentro lo poco de gran dama que quedaba en ella.

—Pase V. E., señora Condesa,---dijo.

Y abrió muy presuroso de par en par las dos puertas del salón, levantando la cortina de terciopelo para dar paso á la dama: atravesó ésta rápidamente la pieza, abrió por sí misma la puerta de un gabinete, y no se detuvo hasta llegar al despacho de Jacobo, como si todo aquello le fuese muy conocido. Sentóse en un sillón y dijo:

—¿Pero qué es esto, Damián?...—¿Cómo ha sido esa marcha tan repentina?... Sólo pude ver al Sr. Marqués un momento, y eso delante de gente. . . . .

—Pues no sé,—replicó Damián encogiéndose de hombros. El Sr. Marqués se levantó ayer á la una, y salió sin almorzar de casa... Volvióse á eso de las seis, y mandó preparar las maletas.

—¿Llevó mucho equipaje?...—Me dijo que pensaba detenerse varios días.

—Sí, señora:—llevó un mundo y dos maletas. Yo mismo las hice.

—¿Y fué por fin solo?...—Me dijo que quizá tendría que acompañar á unas señoras francesas....

Quedóse Damián muy parado, y tornó á encogerse de hombros.

—Demetrio le acompañó á la estación....—Yo me quedé en casa.

—Llame V. á Demetrio....—Me interesa saberlo.

Llegó Demetrio medio borracho, y tornó á mirar á Damián, disimulando una sonrisa... El no había visto nada entre tanto bullicio; pero en el coche en que se acomodó el señor Marqués había ya otros equipajes.....

—¿No iba en *sleeping*?

—No;—era un reservado.

Currita se mordió los labios.

—¿Y les ha dejado aquí sus señas?

—No, señora.

—Lo decía para que pudieran enviarle el correo....—A mí me las ha dejado.

—Si la señora condesa quiere enviárselo, yo le llevaré las cartas que lleguen.

—Sí; eso es lo más derecho y lo más pronto,—dijo vivamente Currita.....

Y en aquel momento entróle deseo vehementísimo de ver toda la casa; era muy bonita y estaba todo muy bien puesto, el salón, los dos gabinetes, el despacho, la alcoba, el cuarte de baño, el tocador..... Un cuadro le llamó la atención en esta última pieza: representaba un ramo de camelias, saliendo del centro el busto de una mujer rubia muellemente reclinada en aquel lecho de flores, con mucho arte dispuesto..... ¡Oh! no había duda; era la francesa anónima, la del nombre de píldora que tan cruelmente se le estaba atragantando á

ella. Detúvose á mirar el cuadro con aire de inteligente.

—¡Bonita idea!....—La *fattura* es correcta... ¿Quién es?...

De nuevo se encogió Damián de hombros.

—Es una francesa, huérfana de un general, que pinta esas cosas....—El Sr. Marqués le compró hace tiempo ese cuadro...

—¡Ah, sí!....—Ya sé quien es: vive en la calle de Rebollo, núm. 68.... ¿Cómo se llama?...

—Se llama... se llama....—Pues no me acuerdo.... Una cosa rara, así como un nombre de jarabe....

Currita moderó un movimiento de impaciencia, porque la cosa iba ya picando en historia. La una decía que era nombre de píldora y el otro que de jarabe, y solo se sacaba en claro que era cosa de botica.

Al pasar por el comedor salió á saludarla el ama de llaves muy atenta y obsequiosa, ensanchando cuanto pudo su robusta persona, para taparle la vista de la mesa en que se hallaban los restos de la francachela que en ausencia de su amo, celebraban aquellos granujas. Acudió el cocinero por el otro lado, pilló de siete suelas con aire bonachón y campechano, y la invitó también á ver su cocina. Currita se puso muy encarnada.... y no se atrevió á rehusar.

Apretando los puños de rabia y de despecho entró la dama en su berlina, y dió orden al cochero de ir á casa del general Belluga.... Aquella taimada risita del jokey, aquel barullo inverosímil que le impedía ver si su amo acompañaba á unas damas, dábanle malísima espina, y preciso era que ella apurase la verdad por sí misma.

El coche del general estaba en la puerta, reclinado el lacayo contra el quicio, tieso el cochero en el pescante con la fusta enarbolada. La Condesa encontró en la escalera prestas á salir á paseo, á la generala y sus hijas, dos ángeles acabados de salir del colegio de York, en Inglaterra, que comenzaban á perder en la atmósfera viciada de los salones su perfume natural de candor y de pureza, como pierden su sana fragancia el romero y el tomillo encerrados en una caja de almizcle. Llamábalas la Condesa sus ahijaditas, porque en su famoso baile de *ancha base* habían sido presentadas bajo los auspicios de la dama, por primera vez en el mundo.

Las señoras quisieron volver atrás, y Currita, sin oponer-

se mucho al cumplido, consintió bien pronto en ello.... ¡Oh! traía ella las de Caín; como que venía nada menos que á embargarle por toda la tarde á una de sus ahijaditas; estaban atareadísimas ella y otras señoras, pidiendo por todas partes hilas para los pobrecitos heridos y objetos de todo género para la rifa, la *Kermesse*, que prometía estar divertidísima. Habíanla dejado á ella sola aquella tarde, y por eso venía á buscar una compañera agradable, un *ángel de la guarda*, que la ayudase á tender la caña.

—¿Qué corazón compasivo resiste á un anzuelo semejante?..

Y besó en la mejilla á la mayor de las dos hermanas, Margarita, que fijaba en ella sus ojos de color de cielo, sonriendo con la inocencia con que sonrío un niño á los varios juegos de luz que forma el reflejo sobre las brillantes escamas de una serpiente. La generala aceptó en seguida creyéndose honradísima, y aquella señora ejemplar, aquella madre cariñosa y cristiana que había educado á sus hijas en el santo temor de Dios y en el cercado de la pureza, fió sin reparo alguno el más bello de sus ángeles, á aquella pícara redomada, aquella bribona indecentísima!...

Salieron todas juntas, delante la Albornoz, apoyada en el brazo de Margarita; en mitad de la escalera volvióse aquella muy animada:

—Como despacharemos tarde, me llevaré á comer á mi ahijada... —¿Me da V. su permiso?...

—¿Pues no faltaba mas,—Condesa!

—¿Gracias, querida,—gracias!.....

En el tarjetero de la berlina traía Currita un papelillo, en que se veían apuntados gran número de nombres y de señas; hicieron dos visitas, á una magistrada del Tribunal Supremo y á una brigadiera de artillería, dignísimas señoras, á quienes después de sacar los cuartos la olímpica Condesa, puso en ridículo con desvergonzado gracejo, haciendo desternillar de risa á la inocente Margarita. Entonces dió al lacayo unas señas que estaban apuntadas con lápiz, las últimas, de su letra misma.

—Calle de Rebollo, núm. 68... Hôtel...

—¿Quién vive allí?—preguntó Margarita.

—Pues no se... Es una francesa que pinta...

Con tal que le saquemos algún cuadrillo...

—¿Sabe V. que esto es muy divertido?...

—¿Y a lo creo: divertidísimo!...—Ver las caras tan cómicas de esa pobre gente, cuando se les pone al pecho el puñal de la caridad.

—¿La bolsa ó... el ridículo!...—Y entregan las pobrecillas la bolsa, y se quedan también con el ridículo.

—¿Me traerá V. otra tarde,—Condesa?...

—¿Sí, hija mia, de mil amores...—Pero no me llames de V., háblame de tú, dime Curra... ¡Vamos, que no soy tan vieja!...

Llegaron á la calle de Rebollo, núm. 68, y paró el coche ante el Hôtel, especie de bombonera, más pretensiosa que artística, más bonita que lujosa. Currita bajó la primera, nerviosa, un poco pálida, pero no de vergüenza ni de miedo, sino de ira, de anhelo, de despecho... Por fin iba á entrar agarrada al manto de la caridad, haciendo hincapié en las llagas de los heridos del Norte, en la guarida de la fiera, y á cerciorarse por sí misma de si eran de la droga aquella, fuese píldora ó jarabe, los equipajes que había visto Demetrio en el coche reservado. Por eso, y sólo por eso había emprendido la bribona aquella ronda caritativa, escogiendo por compañera aquella inocente niña, incapaz de sondear la capa de cieno que estaba pisando. Un *groom* monísimo, el que había visto Currita en el teatro Real la noche del estreno de *Dinorah*, se hallaba á la puerta: preguntóle ella si las señoras estaban en casa, y el chico contestó afirmativamente, haciendo entrar á las damas en un saloncito de la planta baja. Currita pensaba:

—De fijo que está de viaje y me encuentro cara á cara con la vieja...

Un perrillo microscópico y feísimo salió de entre unas mantas al lado de la chimenea, y comenzó á ladrar, retirándose después gruñendo y tiritando. Dióle á Margarita miedo el feo animalejo.

—¿Parece un diablillo malo!—decía.

Estaba el salón medio á oscuras, los muebles sucios y revueltos, y veíanse prendas de vestir sobre algunas sillas. En una mesa maqueada, de trabajo muy lindo, había entre varios